

3. El Partido

Lectura 3
5

F2

L. B.

J. M. Pottle, Gramsci y la Política.

Barcelona. ed. A. De la Torre

¿Cuál es la organización de intelectuales más *orgánicamente* ligada a una clase social? ¿Qué tipo de organización de intelectuales es la más apta para dar a una clase social conciencia de su lugar y función en la sociedad? ¿Qué tipo podrá más fácilmente transformar las relaciones culturales existentes? ¿Cuál es la más apta para asegurar la hegemonía de una clase sobre la otra? La respuesta se impone por sí misma: el partido.

Así, Gramsci —dirigente del Partido comunista italiano— centra los análisis del partido no únicamente sobre razones teóricas, sino también prácticas; es el organismo intelectual por excelencia, el que concreta más ampliamente el sentido de la noción de intelectual: el partido es el intelectual colectivo⁽¹⁾.

El partido se corresponde en tan gran manera con la noción de intelectual que se podría creer que Gramsci definió este último con relación y pensando en el partido. El estudio del partido será por consiguiente, la mejor manera de comprender la noción de intelectual.

El partido, sin embargo, no es la única organización intelectual.

En varios textos dispersos, Gramsci hace alusión a la multiplicidad de los organismos culturales. La escuela, entre otros, asegura la transmisión de la tradición cultural, permite la hegemonía de la clase dominante sobre las otras clases, prepara y forma —a los niveles económico, político y cultural— los cuadros intelectuales necesarios para que la clase dominante dirija a la sociedad, etc. Pero la escuela —aunque es una organización cultural de gran potencia— es una fuerza conservadora. Gramsci, siempre temeroso de las concepciones antihistóricas, centró sus análisis sobre la organización más apta para transformar las rela-

ciones culturales, formar nuevos cuadros intelectuales y trastocar la hegemonía de la clase dominante: el partido.

El partido como representante de una clase.

El lugar que ocupa una clase social en el seno de una sociedad determinada define, como Lukács demuestra en su *Historia y conciencia de clase* (2), una cierta función histórica de donde se deriva la posibilidad de una determinada concepción del mundo. El papel del partido es el de actualizar estas posibilidades, volver real lo que no existe más que en potencia más o menos desarrollada en el seno de la clase social. El partido, en tanto que expresión necesaria de una clase social, es el guía en este propósito.

Una clase, por definición, no puede ocupar posiciones diferentes en el seno de una estructura social. Su función histórica, delimitada por este lugar, no puede, por consiguiente, ser múltiple. Así un solo partido exterioriza de manera completa esta función; la verdad teórica, dice Gramsci, es que cada clase se expresa por un solo partido.

Pero ¿cómo conciliar esta verdad con la observación cotidiana que nos muestra la existencia de una multiplicidad de partidos? ¿Por una multiplicidad de clases? Sin embargo, algunos partidos parecen defender los intereses de un mismo grupo social y compartir la misma visión del mundo. ¿De qué manera se puede explicar que varios partidos puedan presentarse como los representantes de una misma clase social? ¿O incluso, el que un

(2) GEORG LUKÁCS, *Histoire et conscience de classe*. Paris, éd. de Minuit, 1960, 381 p. (*Historia y conciencia de clase*. Obras completas, tomo III, México, Grijalbo, 1969).

(1) La expresión «intelectual colectivo» es de Togliatti.

L=5

cendados son la principal fuente de aprovisionamiento financiero para los industriales. Sin embargo, pueden tener diferentes posiciones en puntos importantes. Por ejemplo, si una política proteccionista puede favorecer el desarrollo de la industria nacional, perjudica a los propietarios terratenientes desde el momento en que conlleva medidas de represalia por parte de los países vecinos con el cierre de sus mercados a los productores agrícolas italianos. O también, la propiedad territorial, al limitar hasta el extremo el poder de compra del campesinado, impide la formación de un potente mercado interior de consumo y, por consiguiente, limita las posibilidades de salida para la industria italiana. Los distintos partidos pueden representar diferentes tipos de alianzas entre estas dos clases. Sin olvidar las alianzas que pueden unir la una o/y la otra de estas clases a alguna de las clases subalternas: la pequeña-burguesía urbana y campesina, el campesinado del sur, el del norte, el proletariado, etc. Pero, y Gramsci insiste, cualesquiera que sean las divergencias que operen a los partidos que representan a las diferentes fracciones de una misma clase, nunca estas divergencias les llevan a poner en evidencia la existencia de la clase de la que estos partidos son los perros guardianes.

Los partidos que representan a una misma clase social se complementan entre sí. La existencia de unos implica la de otros. La actitud práctica y la concepción del mundo de cada partido no le hace presentarse como aislado e independiente de los demás; ninguno de ellos se cree el único responsable de la vida colectiva. La actitud práctica de cada uno de estos partidos debe concebirse como complementaria, perfeccionamiento o contrapeso, de la de los demás. Cada partido está dispuesto a fusionarse con el otro siempre y cuando éste reforme su posición en los puntos de

partido pueda plantearse como la expresión de varias clases sociales a la vez? Gramsci, colocando como punto de partida el principio metodológico de que cada partido es la expresión de una clase social, intenta, a continuación, dar cuenta de la multiplicidad de las combinaciones que existen entre clases sociales y

«Puede observarse que en el mundo moderno, en muchos países, los partidos políticos orgánicos y fundamentales, por necesidades de la lucha o por otra causa, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales toma el nombre de "partido" e incluso de partido independiente» (?).

La unidad real de estos partidos, que se presentan como independientes y a menudo como antagonistas encarnizados, reposa sobre su común defensa de los intereses fundamentales de una misma clase y su común afirmación de una misma concepción del mundo. Las divergencias entre estos partidos pueden surgir de una diferente evaluación de los medios más aptos y favorables a los intereses de clase, de las distintas alianzas a concluir con los distintos grupos sociales para conquistar o para conservar el poder, fundándose incluso sobre intereses secundarios que operen entre sí a las diferentes fracciones de la clase dominante. En los escritos anteriores al encarcelamiento, Gramsci nos muestra la complejidad de los lazos que unen clases y partidos. Dos clases dominan la sociedad italiana, la de los hacendados del Sur y la burguesía del Norte, con predominio de la segunda sobre la primera. El vínculo de unión entre estas dos clases es la común defensa de la propiedad privada y del Estado burgués. Más concretamente, son cómplices en la medida en que los ha-

(?) Mach, pp. 20-21; O. G., p. 208 (A. Gramsci, *La política y el Estado moderno*. Barcelona, Península, 1971, p. 84).

partido pueda plantearse como la expresión de varias clases sociales a la vez? Gramsci, colocando como punto de partida el principio metodológico de que cada partido es la expresión de una clase social, intenta, a continuación, dar cuenta de la multiplicidad de las combinaciones que existen entre clases sociales y partidos.

«Puede observarse que en el mundo moderno, en muchos países, los partidos políticos orgánicos y fundamentales, por necesidades de la lucha o por otra causa, se han dividido en fracciones, cada una de las cuales toma el nombre de "partido" e incluso de partido independiente»⁽³⁾.

La unidad real de estos partidos, que se presentan como independientes y a menudo como antagonistas encarnizados, reposa sobre su común defensa de los intereses fundamentales de una misma clase y su común afirmación de una misma concepción del mundo. Las divergencias entre estos partidos pueden surgir de una diferente evaluación de los medios más aptos y favorables a los intereses de clase, de las distintas alianzas a concluir con los distintos grupos sociales para conquistar o para conservar el poder, fundándose incluso sobre intereses secundarios que oponen entre sí a las diferentes fracciones de la clase dominante. En los escritos anteriores al encarcelamiento, Gramsci nos muestra la complejidad de los lazos que unen clases y partidos. Dos clases dominan la sociedad italiana, la de los hacendados del Sur y la burguesía del Norte, con predominio de la segunda sobre la primera. El vínculo de unión entre estas dos clases es la común defensa de la propiedad privada y del Estado burgués. Más concretamente, son cómplices en la medida en que los ha-

cendados son la principal fuente de aprovisionamiento financiero para los industriales. Sin embargo, pueden tener diferentes posiciones en puntos importantes. Por ejemplo, si una política proteccionista puede favorecer el desarrollo de la industria nacional, perjudica a los propietarios terratenientes desde el momento en que conlleva medidas de represalia por parte de los países vecinos con el cierre de sus mercados a los productos agrícolas italianos. O también, la propiedad territorial, al limitar hasta el extremo el poder de compra del campesinado, impide la formación de un potente mercado interior de consumo y, por consiguiente, limita las posibilidades de salida para la industria italiana. Los distintos partidos pueden representar diferentes tipos de alianzas entre estas dos clases. Sin olvidar las alianzas que pueden unir la una o/y la otra de estas clases a alguna de las clases subalternas: la pequeña-burguesía urbana y campesina, el campesinado del sur, el del norte, el proletariado, etc. Pero, y Gramsci insiste, cualesquiera que sean las divergencias que oponen a los partidos que representan a las diferentes fracciones de una misma clase, nunca estas divergencias les llevan a poner en evidencia la existencia de la clase de la que estos partidos son los perros guardianes.

Los partidos que representan a una misma clase social se complementan entre sí. La existencia de unos implica la de otros. La actitud práctica y la concepción del mundo de cada partido no le hace presentarse como aislado e independiente de los demás; ninguno de ellos se cree el único responsable de la vida colectiva. La actitud práctica de cada uno de estos partidos debe concebirse como complementaria, perfeccionamiento o contrapeso, de la de los demás. Cada partido está dispuesto a fusionarse con el otro siempre y cuando éste reforme su posición en los puntos de

(3) Mach., pp. 20-21; O. C., p. 208 (A. GRAMSCI, *La política y el Estado moderno*. Barcelona, Península, 1971. p. 84).

fricción. Así pues cada uno es con respecto a los otros, reformista. Sus caracteres distintivos son, por consiguiente, secundarios: fundamentalmente, están de acuerdo en lo que respecta a la defensa de la propiedad privada, la protección de la cultura burguesa, formalmente universal y abstractamente fundada sobre la libertad individual y a la oposición al Estado proletario.

Así, por el análisis de su realidad política (programa, organización, alianzas, actividades), es posible demostrar teóricamente que algunos partidos no son, en verdad, más que un solo partido de una misma clase. También se puede apoyar esta demostración teórica sobre observaciones concretas:

«...la verdad teórica de que toda clase tiene un solo partido se demuestra, en los momentos decisivos, por el hecho de que diversos agrupamientos, cada uno de los cuales se presentaba como un partido "independiente", se reúnen y forman un bloque único. La multiplicidad existente con anterioridad era sólo de carácter "reformista", es decir, se refería a cuestiones parciales; en cierto sentido era una división del trabajo político (útil, dentro de sus límites): pero cada parte presuponía las demás, hasta el punto de que en los momentos decisivos, esto es, cuando se han puesto en juego las cuestiones principales, la unidad se ha formado y se ha verificado el bloque»⁽⁴⁾.

Sin embargo, Gramsci no ignora la importancia política de las divergencias que pueden oponer a los partidos de la clase dominante. El partido comunista intentará sacar partido y emponzoñar estas divergencias de manera que se fortalezca debilitando al enemigo. Por otra parte, incluso en los «virajes decisivos», puede suceder que el peso de las tradiciones —con el rencor,

(4) Mach., p. 28; O. C., p. 218 (*La política...* p. 84).

el desprecio y la desconfianza recíproca que acarrear— aliada con la fuerza de inercia de las distintas burocracias, retrasen la formación de este «bloque único» y favorezcan, por este retraso, la toma del poder por la clase enemiga. En los momentos de crisis, siempre se produce el conflicto entre los deseos de unión que todos los partidos de una misma clase sienten y el peso de las tradiciones opuesto a la realización de este deseo; conflicto que se resolverá más o menos rápida y eficazmente según la coyuntura y la influencia del pasado.

Así, a pesar de las tan vivas luchas que les oponen durante los períodos de calma, estos partidos «independientes» están unificados objetivamente, incluso cuando son más o menos conscientes, por la defensa de los mismos intereses fundamentales y por la participación en una misma visión del mundo. También se hallan unificados por lo que Gramsci llama el «partido ideológico». La división del partido orgánico de una misma clase en varios partidos «independientes» explica que «el Estado Mayor intelectual del partido orgánico no pertenece, a menudo, a ninguna de estas fracciones sino que opera como si fuese una fuerza dirigente que se sostiene por sí misma, superior a los partidos y a veces considerada como tal por el público»⁽⁵⁾.

Este Estado Mayor puede parecer independiente, pues critica sucesivamente, según cada caso particular, las diferentes fracciones de la unidad denominada partido orgánico, pero se halla ligado a éstas en la medida en que se halla orgánicamente ligado a la clase social que éstas representan. El papel de estos intelectuales independientes consiste en elaborar, desarrollar, enriquecer y difundir la visión del mundo de esta clase. Puede estudiarse

(5) Mach., p. 21; O. C., p. 208 (*La política...* p. 84).

esta función ideológica en los periódicos que se autodenominan independientes y en la «prensa de información» con pretensiones de a-politicidad.

No obstante hay que hacer una diferenciación entre estos periódicos «independientes» y los que están ligados a un partido específico. Estos se hallan más ligados a la política inmediata y a los intereses de su propia organización política: con fines electorales, insistirán sobre lo que les distingue y a menudo llegarán hasta entablar ásperas polémicas entre ellos, aunque se hallen ligados a una misma clase social. Los primeros, por el contrario, independientes de los intereses particulares de los diferentes partidos políticos, serán más sensibles a los intereses fundamentales de la clase social y concederán una mayor importancia a la política a largo plazo. Así, cuando una clase social está representada por varios partidos, los periódicos «independientes» paradójicamente se hallarán más estrechamente ligados a la clase social que los periódicos del partido.

Por consiguiente, Gramsci distingue entre el partido político, en sentido estricto, y el partido ideológico formado por el conjunto de las organizaciones intelectuales ligadas a algunas de las clases sociales sin estar por esto bajo la directa dependencia de un partido político particular.

«Distinciones del concepto de partido: a) El partido como organización práctica (o tendencia práctica), es decir, como instrumento para la solución de un problema o de un grupo de problemas de la vida nacional o internacional (...). b) El partido como ideología general, superior a las diversas agrupaciones más inmediatas» (6).

(6) M. S., p. 172.

El temor continuo de Croce fue el de que se le concibiese como un «hombre de partido»; se autodefinía como independiente. Pero, aún cuando Croce era independiente de las organizaciones políticas, no lo era del partido liberal como ideología general. En realidad, el modo de ser del partido liberal italiano después de 1876 fue el presentarse al país como un orden «disperso» de fracciones y de grupos nacionales y regionales» (7). Croce era el teórico de lo que todos estos grupos tenían de común; él era

«el jefe de una oficina central de propaganda de la que todos estos grupos se beneficiaban y se servían, el líder nacional de los movimientos culturales que nacían para renovar las viejas formas políticas» (8) descendientes del feudalismo. De esta manera, Croce fue más que un «hombre de partido»: el dirigente del Estado Mayor intelectual de la burguesía liberal, el dirigente del partido ideológico de la clase burguesa.

No se extiende Gramsci en el estudio de los partidos «independientes»; una vez planteado el principio teórico de que a cada clase corresponde un partido, analiza los medios de los que se ha de servir el proletariado para que este principio se convierta en una práctica para él. Pero si la burguesía puede permitirse, en los períodos de calma, la disputa sobre la determinación de cuáles son los medios idóneos para favorecer sus intereses fundamentales y, por esto, hacerse representar por diversas organizaciones políticas, el proletariado, por el contrario, no puede permitirse estas divisiones. La burguesía, por el control que ejerce sobre el Estado y sobre los medios de producción económica y cultural, se encuentra ya en una posición de fuerza fren-

(7) Id.

(8) M. S., pp. 172-173.

te al proletariado. Este no puede colaborar al refortalecimiento de su adversario debilitándose con divisiones.

El problema consiste en conseguir un partido que integre a la vez al «partido ideológico» y al «partido como organización práctica» (los grandes intelectuales y los simples militantes), así como las diferentes tendencias de los distintos sectores de la clase obrera que pudieran cristalizar en fracciones. Para construir un partido de este tipo,

«hay que basarse en un carácter “monolítico” y no sobre cuestiones secundarias; por consiguiente debe observarse atentamente que exista homogeneidad entre dirigentes y dirigidos, entre los jefes y la masa»⁽⁹⁾.

Gramsci distingue tres condiciones que permiten un grado de monolitismo:

1. Debe existir una homogeneidad ideológica que unifique las tres capas del partido (los dirigentes, los cuadros medios y los simples militantes). Para la clase obrera, esta ideología es el marxismo-leninismo. Los tres puntos fundamentales que distinguen a éste de todas las demás ideologías de inspiración más o menos marxista, son las siguientes: a) apunta a la socialización del conjunto de la economía por medio de una planificación imperativa; b) el Estado se concibe como un poder de clase: el proletariado debe reemplazar la dictadura de la burguesía por su propia dictadura; c) para cumplir su papel histórico, el proletariado ha de ser guiado por una vanguardia consciente que se constituye como partido homogéneo y centralizado.

2. El partido comunista es el partido de la clase obrera. Por consiguiente es necesario, no solamente que exprese las aspira-

(9) Mach., p. 28; O. C. p. 218 (*La Política...* p. 94)

ciones de este clase, sino sobre todo que esté constituido por elementos del proletariado. Es preciso insistir, dice el autor, «sobre la necesidad de que sea un partido de clase, no sólo de manera abstracta, es decir en la medida en que el programa aceptado por sus miembros exprese las aspiraciones del proletariado, sino, por así decirlo, fisiológicamente, en la medida en que la gran mayoría de sus miembros esté compuesta por proletarios, y que en ellos se reflejen y se resuman únicamente las necesidades y la ideología de una sola clase: el proletariado»⁽¹⁰⁾. Esta mayoría proletaria debe manifestarse idealmente a todos los niveles de la pirámide del partido. Y decimos idealmente, pues el proletariado, por las condiciones de alienación en que se encuentra históricamente, puede producir difícilmente los dirigentes necesarios para un partido. Estos, habitualmente, son trans-fugas que, por razones morales, intelectuales o de otro tipo, abandonan a las clases dominantes para asumir las posiciones de la clase obrera. Pero esta predominancia de la pequeña-burguesía entre los cuadros dirigentes del nuevo partido no puede darse, según el autor, más que en los momentos iniciales del desarrollo del partido. Estos cuadros deben favorecer, de la manera más rápida posible, la formación de dirigentes surgidos de la clase a la que van a guiar. La permanencia o predominancia de elementos de origen pequeño-burgués en el seno del equipo dirigente de un partido comunista sería, para Gramsci, el signo de que éste se halla profundamente viciado. El hecho de que los proletarios deben constituir la mayoría del

(10) A. GRAMSCI, «Il significato e i risultati del III Congresso del partito comunista d'Italia». *L'Unità*, 24 febbraio 1926. Este artículo está en el acta del III Congreso dictada por Gramsci a Ricardo Ravagnan. Artículo recogido en los *Scritti Politici*, Roma Riuniti, 1967, p. 659. (*Antología...* pp. 185 ss.).

partido responde a una realidad precisa: cada clase social segrega sus propias actitudes y su propia ideología, y el marxismo-leninismo es, para el autor, la filosofía de una sola clase: el proletariado. El hecho de que, por ejemplo, sean campesinos los que lleguen a formar la mayoría dentro de un partido comunista, hará desplazar más o menos rápidamente las posiciones de la clase obrera debido a la influencia de la mentalidad de «pequeño-propietario» de la mayoría de sus miembros. [Para permitir al proletariado una independencia política completa, para darle una conciencia revolucionaria precisa, el partido debe precaverse contra la infiltración en su seno de elementos procedentes de clases extrañas que, aún teniendo intereses contrarios a los de la burguesía, como por ejemplo el campesinado, no pueden desear el conducir esta lucha hasta sus últimas consecuencias, como la clase obrera: a la desaparición de las clases sociales y del Estado, por la socialización de la economía⁽¹¹⁾.] Evidentemente, el partido no puede ni debe ser constituido por obreros, pero éstos deben formar la mayoría en el partido y, lo más rápidamente posible, en sus diferentes escalones.

3. Es preciso, finalmente, que la estructura del partido una dentro de un solo bloque las diferentes capas que lo constituyen. En la segunda parte de este capítulo, estudiaremos el tipo de estructura apta para asegurar la centralización de todas las energías del partido en su lucha contra la clase dominante.

Durante toda su investigación, Gramsci tiene en mente la imagen ejemplar de un partido profundamente viciado: el partido

(11) A. GRAMSCI, en colaboración con P. TOGLIATTI, «Tesi sulla situazione italiana e sui compiti del P. C. I. approvate del III Congresso nazionale del P. C. I. nel gennaio 1926». *Stato operaio*, vol. 2, n.º 7 (luglio 1928): pp. 493-494.

socialista italiano. El P. S. I. se proclamaba el partido de la clase obrera; pero, de hecho, el 60% de sus miembros eran campesinos y su grupo dirigente no sólo era de origen pequeño-burgués, sino que defendía posiciones de clase pequeño-burguesa. Esta composición social del partido no podía conducir más que a una ideología informe y contradictoria de tipo pequeño-burgués. Efectivamente, el P. S. I., era el instrumento por el cual la burguesía «progresista» ejercía su influjo sobre las masas populares⁽¹²⁾. Esta falta de homogeneidad social e ideológica iba a la par con el fraccionamiento del partido en un importante número de «centros dirigentes»: maximalistas, reformistas, comunistas bordiguianos, comunistas de *L'Ordine Nuovo*, etc. Al constituirse en Livourne, el P. C. I., rechazó de la manera más enérgica los vicios del P. S. I.:

«Las fracciones tuvieron su sepultura en Livourne cuando surgió el Partido comunista, uno de cuyos caracteres esenciales es el de ser necesariamente, como partido de la revolución proletaria, partido ideológica y orgánicamente compacto, fundado en un solo bloque»⁽¹³⁾.

La estructura del partido.

Todo miembro del partido, inclusive el más oscuro militante, ejerce una función educativa y de organización: todo miembro del partido es un intelectual. Pero no todos los miembros de un

(12) A. GRAMSCI, «L'Avanti contro il Mezzogiorno», *L'Unità*, 14 luglio 1925.

(13) A. GRAMSCI, *L'Unità*, 14 giugno 1925.

partido trabajan al mismo nivel de responsabilidades. ¿Cómo distinguir estos niveles? ¿Cuáles son éstos?

Gramsci distingue tres grupos fundamentales, en el seno del partido: los capitanes, los mandos intermedios y los soldados. Esta denominación inspirada en la organización militar, nos proporciona los datos para el conocimiento del tipo de partido centralizado en el que piensa el autor. Los soldados deberán ser disciplinados y fieles; los capitanes ejercerán funciones de dirección, de organización y de elaboración de la concepción del mundo; los mandos intermedios desempeñarán un papel de enlace, articulando los primeros con los segundos.

1. Los soldados son

«hombres comunes, medios, cuya participación está posibilitada por la disciplina y la fidelidad, y no por un espíritu creador y muy organizador»⁽¹⁴⁾.

Los soldados son los que algunos denominan la masa o los militantes de base. Gramsci no se hace de ellos una idea mítica; se funda sobre una constatación de hecho: los simples militantes, en tanto que tales, no son ni pensadores originales ni grandes organizadores. Estos últimos constituyen el Estado Mayor del partido que tiene por papel precisamente el disciplinar y educar a los soldados con el fin de que éstos últimos puedan cumplir, a su propio nivel, las tareas educadoras y de organización.

«Sin ellos (los militantes de base) el partido no existiría»⁽¹⁵⁾, ya que Gramsci estudia aquí la estructura de un partido de tipo marxista-leninista y no la de los partidos «de élites». Pero, co-

(14) Mach, p. 23; O. C., pp. 211-212. (Antología, p. 347).

(15) Mach., pp. 23-24; O. C., p. 212 (Id. id.).

relativamente, el partido no existiría contando únicamente con ellos.

«Ellos son una fuerza en la medida en que hay alguien que los centralice, organice y discipline, pero si falta esta otra fuerza de cohesión, se dispersarán y se anularán en una pulverización impotente»⁽¹⁶⁾.

De esta forma Gramsci se opone a todas las teorías que se fundan en la espontaneidad de las masas, a todas las formas de anarquismo; las masas, comprendiendo en ellas su parte más consciente, no pueden llevar a cabo una acción permanente y continua si no se hallan encuadradas por una organización fuertemente estructurada. Esta permanencia y esta continuidad no pueden ser aseguradas más que por un partido centralizado por un estado mayor potente. Las masas, por ellas mismas, no pueden provocar más que movimientos esporádicos de revuelta fácilmente reprimibles por las clases dirigentes; los estallidos de cólera no son entonces más que cortos intermedios dentro de un largo y profundo silencio.

Gramsci no quiere negar a todo militante la posibilidad de llegar a ser capitán. Al contrario, la función de los capitanes es educar a la masa para que de ella surjan la mayor cantidad posible de dirigentes. Pero los soldados, en cuanto que grupo del partido, no pueden ser capitanes: afirmar que las masas son y pueden ser el estado mayor sería caer en la peor forma de anarquismo y estar abocado a la destrucción del partido.

Los capitanes constituyen:

«El elemento principal de cohesión, que centraliza en el ámbito nacional, que da eficacia y potencia a un conjunto de fuerzas

(16) Mach, p. 24; O. C., p. 212 (Id., pp. 347-348).

que, abandonadas a sí mismas, contarían cero o poco más; este elemento está dotado de una fuerza intensamente cohesiva, centralizadora y disciplinadora, y también, o incluso tal vez por eso, inventiva (si se entiende "inventiva" en cierta orientación, según ciertas líneas de fuerza, ciertas perspectivas, y también ciertas premisas)» (17).

A estos capitanes Gramsci les denomina en otros lugares el estado mayor del partido. Lo constituyen «grandes» organizadores, estrategas, teóricos, etc. Los capitanes elaboran la línea política del partido, apoyándose en la clase obrera y teniendo en cuenta las relaciones nacionales e internacionales; expresan, desarrollan y explicitan la visión del mundo que corresponde al lugar y a la función del proletariado en el seno de la sociedad.

Pero estos capitanes no podrían ejercer eficazmente sus funciones de estrategas y pensadores del proletariado si no fuesen también organizadores. Gramsci admite la posibilidad e incluso la eficacia de una cierta división del trabajo en el seno de este estado mayor. Pero el teórico, para no caer en lo arbitrario, debe estar estrechamente unido al organizador, y el conjunto de los capitanes, estrechamente unido a la clase obrera. De otra forma el pensamiento se arriesga a alejarse progresivamente de los problemas y de las preocupaciones de ésta, de las cuestiones de organización y de acción: la teoría se desconecta, así, de la práctica y se convierte en un juego puramente individual para *dilettantes*.

Los capitanes constituyen el centro dirigente del partido. Todas las demás instancias del partido deben obedecer sus directivas de manera disciplinada. Durante los años 1925 y 26, Grams-

(17) Mach., p. 24; O. C., p. 212. (Id. p. 347).

ci, a la cabeza del P. C. I., llevó a cabo una muy dura polémica contra el «fraccionarismo» de Bordiga. Bajo la instigación de este último, miembros del partido habían fundado una revista opuesta a la línea política del comité central. Gramsci condenó formalmente estas actividades «escisionistas» y se opuso enérgicamente a la pretensión de los bordiguianos de ser representados en los congresos regionales que preparaban el tercer Congreso Nacional del P. C. I. El Comité central es el único centro dirigente del partido; es el único legitimado para definir las modalidades y el alcance de las discusiones anteriores a la preparación de los congresos. Los derechos de la minoría son reconocidos en tanto que normalmente forman parte del Comité Central: «La tutela de la minoría se ejerce en el seno del Comité central; por ello, por este simple hecho se le reconoce como corriente de opinión difundida en algunos sectores del partido. Tendrá sus representantes en las comisiones que elaboren tesis, podrá presentar las enmiendas que estime oportuno, etc. Sin embargo, el "reconocimiento" de la minoría no puede inspirar medidas que llegasen a alcanzar la cohesión del partido o que limitasen el proceso de formación "orgánica" —y no "parlamentaria"— de su centro dirigente. La integridad de esta cohesión y la continuidad de este proceso están aseguradas si la Central no se suprime en tanto que organismo con un pensamiento, una voluntad, un poder» (18).

A nivel organizativo, el Comité central es más importante que los simples militantes. Y ello es debido, por una parte, a que las funciones esenciales descansan sobre los capitanes y, por otra, a

(18) A. GRAMSCI, «Per una lettera del compagno Ferragini», *L'Unità*, 1 ottobre 1925.

que su formación exige mucho más tiempo y energía que la de los soldados.

* «Tanto es así que un ejército ya existente queda destruido si se queda sin capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, coordinados, de acuerdo entre ellos, con finalidades comunes, no tarda en formar un ejército incluso donde no existe» (19).

Es evidente que un grupo de capitanes, aunque sea genial, no puede construir un partido si no existen las condiciones objetivas y subjetivas que le permitan conseguir el elemento de base sin el cual no puede existir el partido. Así, para formar un partido proletario, es preciso que exista una clase obrera (condición objetiva) y que esta clase haya vivido una serie de experiencias históricas que la sensibilizaron en la necesidad de una acción política revolucionaria (condición subjetiva).

Esta prioridad que Gramsci concede a los capitanes, la extrae de su propia experiencia política: el semanario *Ordine Nuovo* (1919-20), dirigido por Gramsci, Tasca, Terracini y Togliatti, fue el principal centro marxista donde se formaron los capitanes que llegarían a ser los dirigentes del partido comunista que se constituiría en Livorno en 1921, por una escisión del partido socialista italiano. Posteriormente a la dirección «izquierdista» de Bordiga, Gramsci dirigió el partido desde 1923 a 1926. En el momento de su encarcelamiento, Togliatti le reemplazó a la cabeza del secretariado general conservando este puesto hasta su muerte. Terracini es actualmente el líder del grupo de senadores comunistas. Tasca fue expulsado del partido durante la «vuelta a izquierda» impuesta por Stalin a la Internacional en 1928-29.

(19) Mach., p. 24; O. C., p. 212 (Id., p. 348).

El partido no puede ser destruido por medios no violentos mientras que existan capitanes, pues éstos necesariamente, —si las condiciones históricas se prestan a ello— conseguirán reclutar soldados y formar mandos intermedios. Pero un ejército sin capitanes está condenado al fracaso; este hecho es hasta tal punto evidente que el fascismo, para destruir el partido de la clase obrera, se esforzó en encarcelar a su estado mayor. Felizmente para el P. C. I., no consiguió arrestar a todos sus capitanes (Togliatti, entre otros, no pasó por la prisión), quienes ya habían comenzado a preparar a sus sustitutos.

3. Los mandos intermedios forman

«un elemento medio que articule el primero con el segundo, los ponga en contacto no solamente "físico", sino también moral e intelectual» (20).

Contacto físico: son los canales mediante los que las directrices se desplazan desde la cima a la base y por los cuales las informaciones sobre las actividades de las distintas secciones llegan al Comité central. Contacto moral e intelectual: educan, disciplinan y forman a los simples militantes según las directrices fijadas por el estado mayor, impiden a éstos que se alejen de aquellos informándoles de sus preocupaciones, sus sentimientos, sus actitudes, etc. Los mandos intermedios son, por consiguiente, los cuadros subalternos del partido.

Gramsci concede una atención especial a este tercer elemento, pues sabe, también por experiencia, que un pequeño número de capitanes hace relativamente fácil su destrucción. Es necesario, pues, que dejen como herencia un fermento que permita la reconstitución del estado mayor. ¿Dónde subsistirá más fácil-

(20) Mach, p. 24; O. C., p. 212 (Id., id.).

mente este fermento? ¿Dónde desarrollarse más ventajosamente? La respuesta es fácil, entre los simples militantes y, sobre todo, entre los mandos intermedios, con más afinidades con los capitanes que aquéllos. Por consiguiente, un estado mayor eficaz debe prever la posibilidad de su destrucción aunque, positivamente, tenga que volcar todas sus energías hacia la victoria: «La actividad del segundo elemento para constituir este fermento es, por tanto, fundamental; el criterio para juzgar este segundo elemento debe verse: 1) en lo que realmente hace; 2) en lo que prepara para la hipótesis de su propia destrucción. Es difícil decir cuál de esas dos cosas es más importante. Como en la lucha hay que prever siempre la derrota, la preparación de los sucesores de uno es un elemento tan importante como lo que se hace para vencer» (21).

En tanto que agentes de enlace, los mandos intermedios tienen una importancia extrema. Gramsci, con el fin de extender la hegemonía del P. C. I., sobre las masas influenciadas por el P. S. I. y el partido popular, no incide sobre sus dirigentes, a los que considera definitivamente perdidos para la causa revolucionaria, ni canaliza sus esfuerzos en la atracción de los simples militantes, pues el trabajo de persuasión exigiría demasiado tiempo y energías, sino que hará caer el peso de sus esfuerzos atractivos sobre los cuadros medios. Intentará desarraigarlos de sus dirigentes nacionales explotando las contradicciones que surgen de la oposición entre la actitud reformista de estos últimos y la inmensa insatisfacción de las masas. Los intelectuales «medios» son el punto de contacto entre las masas y los dirigentes: la tarea consiste en exacerbar estas contradicciones para obligar-

les a la separación de los dirigentes o la ruptura con las masas. En el primer caso, el más interesante, favorece la incorporación al partido de estos mandos intermedios, quienes arrastran con ellos a una parte importante de los militantes. El segundo suprime alguno de los obstáculos que se oponían a la progresiva penetración de estas masas en el partido.

* * *

El segundo elemento (los capitanes) se forma históricamente antes que los otros dos. Gramsci no quiere decir con ello que las revueltas populares contra el régimen no puedan surgir en la ausencia de capitanes. Pero estos movimientos se desarrollarán de forma anárquica y serán rápidamente reprimidos si no hay un partido apto para canalizar y dirigir esta revuelta. Por otra parte, estos movimientos espontáneos son necesarios en la medida en que constituyen uno de los medios por los que la clase obrera vive sus experiencias históricas que a continuación permitirán a los futuros capitanes encontrar el humus donde nacerá y sobre el que se desarrollará el partido. El hecho de que «los capitanes precedan históricamente a los otros dos elementos» debe ser tomado en su exacto sentido: para que existan soldados «fieles» y «disciplinados», para que existan mandos intermedios que ligen a éstos con el estado mayor, es necesario que anteriormente los capitanes hayan erigido esta pirámide. Por lo demás, en la mayoría de los partidos proletarios, en el momento de su creación, el elemento dirigente estaba formado por intelectuales provenientes de la pequeña-burguesía. Tal es el caso, entre otros, del P. C. U. S. cuyo dirigente, Lenin, era de origen pequeño-burgués. Lenin conceptuó este hecho afirmando que la

(21) Mach., p. 25; O. C., p. 213 (Id., p. 349).

teoría revolucionaria fue importada del exterior al movimiento obrero y debe continuar siéndolo. Gramsci en este sentido se distingue de Lenin, como veremos más claramente luego, insistiendo sobre la dialéctica existente y que debe existir entre el sentir de las masas y el saber del partido y de los capitanes.

Si bien, históricamente, los capitanes preceden a los demás elementos y son a menudo de origen no proletario, estructuralmente existe, en el interior de un partido sano, una corriente de ósmosis entre los tres elementos. Los capitanes, por una parte, provienen de los mandos intermedios, siendo éste su normal medio de manifestación, mientras que éstos provienen de los simples militantes. Por otra parte, los capitanes organizan a los mandos intermedios, quienes, a su vez, hacen otro tanto con los militantes. Tenemos, pues, de un lado la democracia interna del partido, y, del otro, su carácter orgánico, centralizado, disciplinado. La conjunción de estos aspectos móviles es lo que se denomina centralismo democrático.

Funcionamiento de la estructura del partido.

Evidentemente, no puede existir democracia en el seno de un partido si lo que distingue a los capitanes de los soldados descansa sobre una escisión en clases y no sobre una estricta división técnica del trabajo. La disciplina a la que se hallarían sometidos en aquel caso los miembros dirigidos sería una pura imposición extrínseca y coercitiva; sería un instrumento de dominación y no el necesario instrumento de dirección. Tal disciplina sirve de freno a la clase obrera impidiéndole desarrollar su propia con-

cepción del mundo e imponer a la sociedad un movimiento progresivo y liberador: se convierte, así, en un instrumento del orden burgués y no en un medio para luchar por la sociedad sin clases. Esta situación, dice Gramsci, es la que se produjo en el partido socialista italiano: sus dirigentes, cuyo origen y posición de clase eran pequeño-burgueses, fueron el instrumento mediante el cual la burguesía ejerció su influencia sobre las masas populares.

Por lo que se refiere a la disciplina, cuando se ejerce en el seno de un grupo socialmente homogéneo, es un instrumento de orden democrático y de libertad. Esta disciplina nunca debe ser concebida como una ejecución mecánica de consignas, sino como una asimilación lúcida y consciente de las directrices trazadas por el estado mayor. Por consiguiente, no anula la personalidad, sino que limita el arbitrio y la espontaneidad irresponsables. Desarrolla la personalidad de los militantes favoreciendo la interiorización del saber y de la moral revolucionarias, es decir, provocando la formación de una conciencia revolucionaria: «Si el Estado representa, por su reglamentación jurídica, la fuerza coercitiva y disciplinaria de un país, los partidos —que representan la adhesión espontánea de una élite a unas normas de conducta consideradas como tipo de comportamiento en el que la masa debe ser educada— deben mostrar, en su propia vida interna, que han asimilado, como principios de conducta moral, estas reglas que en el Estado son obligaciones legales (...). Desde este punto de vista, los partidos pueden ser considerados como escuelas que preparan para la vida del Estado. Son elementos de la vida en los partidos: carácter (resistencia al empuje de culturas superadas), honor (voluntad intrépida de mante-

nimiento de un nuevo tipo de cultura y de vida), dignidad (conciencia de obrar por un fin superior), etc.» (22).

En términos similares se expresa Lukács, quien dice que el partido no puede desarrollarse más que cuando los militantes aprenden, por propia experiencia, el valor de la disciplina colectiva:

«Por tanto, la organización comunista no se forjará más que en la lucha, no se realizará más que si cada uno de los miembros toma conciencia, por propia experiencia, de la justeza y de la necesidad de esta precisa forma de cohesión» (23).

Estos valores morales tienen una gran importancia, pues si el Estado utiliza toda una gama de medios de coerción contra los que infrinjan sus leyes, el partido no puede apoyarse más que sobre la calidad moral de sus militantes:

«La asociación obrera es de carácter voluntario; sus propias leyes no se apoyan en ninguna amenaza de sanción corporal; el que traiciona a la organización no puede ser encarcelado, castigado con una pena, ni condenado a muerte. Por ello, desde su nacimiento, la asociación obrera ha dado gran importancia al sentido del honor, a la lealtad, y a la fidelidad...» (24).

Esta disciplina libremente asumida es, pues, más que la obediencia a unas directrices: es la interiorización de una nueva cultura que está en germen en la clase obrera, cultura que comprende a la vez una ética y un saber. Y como hemos visto que los mandos intermedios «ponen en contacto moral e intelectual» a los soldados con los capitanes, por su mediación éstos elevarán a aquellos a la nueva cultura.

(22) P., pp. 68-69.

(23) GEORGE LUKÁCS, *Histoire et conscience de classe*, p. 357 (*Historia y conciencia de clase*, O. C., tomo 3, pp. 335-344).

(24) A. GRAMSCI, «Il Congresso socialista». *L'Ordine Nuovo*, 9 ottobre 1921. Artículo recogido en *Socialismo e fascismo*, Einaudi, 1966 p. 368.

Por lo que se refiere a la interiorización de esta nueva cultura, se efectúa por la educación de los soldados, por su trabajo de militante y por su participación en las discusiones que orienten la vida del partido.

Cada militante tiene para el partido un valor inestimable. Es producto de la selección por la que los mejores elementos de la clase obrera consagran su vida, imponiéndose sacrificios innúmeros, a la liberación del proletariado. El Comité central debe ayudar en el proceso de mejoramiento personal de los militantes; debe ayudarles a extraer todas las enseñanzas que se hallan implicadas en las experiencias vividas en común. Para poner en práctica este principio en 1924, Gramsci se proponía poner en funcionamiento una serie de cursos por correspondencia que debían servir de base a la creación de una red de pequeñas escuelas en el seno del partido; por uno de sus periódicos, la Central proporcionaría a estas escuelas el material necesario: esquema de los cursos, libros de lectura recomendados, métodos a aplicar, información sobre experiencias similares llevadas a cabo por los partidos hermanos, etc. (25). [Estas escuelas debían precaverse contra los errores cometidos por las «Universidades populares». Estas, inspirándose en las Universidades burguesas, se atribuían como fin la transmisión de una enseñanza falsamente «objetiva» y una cultura míticamente «desinteresada». El partido es una organización basada en la lucha revolucionaria; sus escuelas tenderán a acrecentar la capacidad organizadora y propagandista de sus militantes; deben estar abocadas a conseguir una mejor comprensión de las posiciones del enemigo y de las de la clase obrera a fin de que la acción

(25) A. GRAMSCI, «Il programa de *L'Ordine Nuovo*», 15 aprile 1924. Publicado en *2.000 pagine di Gramsci*, Milano, Il Saggiatore, 1924, vol. 1, p. 723. (*Antología*, pp. 97-104).

de sus militantes se adapte concretamente a estas posiciones⁽²⁶⁾. Es preciso, pues, ligar lo más estrechamente posible el contenido de los cursos a los movimientos de carácter objetivo. Gramsci da como ejemplo el trabajo de educación del *Ordine Nuovo* del período 1919-20. Este trabajo fue eficaz porque aclaraba, explicaba y orientaba la serie de acciones emprendida por los trabajadores para imponer a los patronos los consejos de fábrica. De esta manera se formó en Turín un espíritu de iniciativa que permitió al partido el funcionamiento incluso en los momentos de encarcelamiento de los dirigentes⁽²⁷⁾. Esta necesidad de ligar estrechamente la enseñanza con las actividades políticas no es más que la consecuencia del principio marxista que concede primacía a la acción sobre el pensamiento ligándolos estrechamente bajo el término de «praxis». Es en y por la acción donde los militantes se educan: los cursos deben tener como función permitirles sacar todas las enseñanzas posibles de sus actividades coridianas. Por otra parte, la disciplina será fuente de libertad en la medida en que los militantes participen en las discusiones que han de orientar la vida del partido: la democracia interna del partido se mide por el mayor o menor grado de participación de los elementos de base en la discusión y determinación de la línea de acción, así como en la elección de los dirigentes quienes deberán velar por que las decisiones tomadas sean aplicadas. Estas discusiones elevan la conciencia de las masas; en momentos de lucha o de fracasos momentáneos, permiten acuerdos duraderos que impedirán poner en tela de juicio las decisiones tomadas en común.

(26) A. GRAMSCI, «La scuola di Partito», *L'Ordine Nuovo*, 1 aprile 1925. Publicado en *2.000 pagine di Gramsci*, vol. 1, p. 741. Sentido p. 570.

(27) A. GRAMSCI, «La guerra è la guerra», *L'Ordine Nuovo*, 31 gennaio 1921. Artículo recogido en *Socialismo e Fascismo*, pp. 56/57.

Favorecen una disciplina libremente asumida en la medida en que las reglas comunes y obligatorias han sido discutidas y aprobadas anteriormente. Esta participación en las discusiones es pues, uno de los medios esenciales de educación intelectual y moral de los militantes y hace de la disciplina un instrumento de liberación. Evidentemente, esta dialéctica entre el centralismo y la participación varía según las condiciones concretas. Cuanto menos elevada sea la capacidad política de los simples militantes, tanto más firme ha de ser la intervención de la Central en las discusiones, en algunas cuestiones que conciernen a las organizaciones locales, etc. Nicola Matteuci resume muy bien esta dialéctica:

«El espíritu y la naturaleza de esta pedagogía deben ser interpretados histórica y dialécticamente: ciertamente el grado de conformismo y de autoridad es más grande en la medida en que es más débil la capacidad política de las masas; pero si este conformismo es activo, la autoridad se inclina directamente hacia la educación de la libertad. Así, en la medida en que la cultura se convierte en homogénea y crítica, en la medida en que la libertad se afirma como autonomía, la actividad disciplinaria tiende a disminuir y la libertad a conciliarse, por su contenido, con la autoridad»⁽²⁸⁾.

En el momento en que la disciplina se aplica por el estado mayor como medio de apertura y en el momento en que está asumida libremente por los soldados, nos encontramos ante el centralismo democrático. No obstante siempre se está ante el peligro de esclerotización y de desposesión del verdadero contenido de este centralismo, y de transformarse en burocrático.

El estado mayor —principalmente en los partidos avanzados don-

(28) NICOLA MATEUCI, *Antonio Gramsci e la filosofia della prassi*. Milano, A. Giuffrè, 1951, p. 120.

de los grandes intelectuales tienen una función importante—, en los momentos de crisis radical puede desviarse de su línea de conducta, separarse de la clase obrera para aproximarse a la burguesía. Este peligro es particularmente importante cuando los dirigentes son de origen pequeño-burgués. La formación de un estrato medio lo más amplio posible entre los jefes y las masas, puede circunscribir y limitar este peligro. Los mandos intermedios tienen como misión el equilibrar estos dos elementos poniéndolos en relación. Deben transmitir a la cima las preocupaciones de la base y educar a ésta, a fin de que participe activamente en la orientación del partido; la formación de la base impide a un estado mayor que se haya inclinado hacia el oportunismo su utilización como masa de maniobra.

No obstante esta capa media no encierra tan sólo factores democráticos. Por el contrario, la parte más organizada de esta capa, los burócratas, es la que puede, más fácilmente que el estado mayor, empujar a un centralismo vaciado de todo contenido democrático:

«La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si llega a constituir un cuerpo solidario, autosuficiente, si se siente independiente de la masa, el partido termina por ser anacrónico y en los momentos de crisis aguda es vaciado de su contenido social y queda como suspendido en el aire» (29).

Para neutralizar este peligro siempre renovado, es preciso sumergir a esta burocracia en una amplia capa media compuesta por cuadros dinámicos. Pero sobre todo, es preciso que la masa, educada por éstos, dé pruebas de iniciativas y de responsabilidad, es decir, que haya alcanzado su madurez política.

(29) Mach., p. 51; O. C., p. 247. (*La política...*, p. 119).

El partido afianza la tendencia al centralismo democrático en la medida en que realiza el equilibrio proporcional de los tres elementos: los capitanes, los mandos intermedios y los soldados. Pero este equilibrio no ha de percibirse sólo a nivel cuantitativo. A nivel cualitativo, cada elemento ha de ejercer la función que la es propia, pues de otro modo, incluso con proporciones cuantitativas equilibradas, no se podría impedir la burocracia del partido. El autor no da, por consiguiente, las fórmulas con cuya simple aplicación se lograría ipso facto el funcionamiento democrático del centralismo. No obstante plantea las condiciones teóricas para su posibilidad: la vida interna de cada partido nos dirá en qué medida estas condiciones se respetan.

* * *

La vida interna del partido no solamente es importante en sí misma; el grado de homogeneidad y de conciencia del partido es lo que lo convierte en apto para la dirección de la clase obrera y para el ejercicio, por su mediación, de la hegemonía sobre la clase campesina:

«La función hegemónica o de dirección política de los partidos puede ser medida por su propia vida interna (...). En la vida de los partidos, la sola necesidad ya se convierte en libertad. De este hecho nace el gran valor político (es decir, de dirección política) de la disciplina interna del partido, y de ahí el valor de una disciplina tal como criterio para evaluar la capacidad de expansión de los diversos partidos» (30).

Sin embargo, la vida interna de un partido no depende exclusi-

(30) P., pp. 68-69.

vamente de sus mecanismos internos, el partido no es una m6nada; se encuentra en lucha contra la clase burguesa y mantiene unas relaciones que deben de ser estrechas con la clase obrera. Estas relaciones le unen a la sociedad nacional e internacional y, sobre todo, las que le unen con la clase obrera, influyen sobre el funcionamiento m6s o menos centralizado y democr6tico del partido. En los dos cap6tulos siguientes estudiaremos la hegemon6a —entendida como direcci6n pol6tica y como direcci6n moral e intelectual— que el partido ha de ejercer sobre el proletariado y, por mediaci6n de 6ste, sobre el campesinado. Este estudio nos permitir6 aclarar desde un 6ngulo diferente el grado de funcionamiento democr6tico del partido y explicar las tareas que incumben a este «intelectual colectivo».

4. La funci6n hegem6nica del partido

El partido no se reduce exclusivamente a su funcionamiento interno. Es ante todo una organizaci6n de clase que ejerce o intenta ejercer su hegemon6a sobre el conjunto de las masas populares a fin de luchar eficazmente contra las clases antagonistas.

As6, para escribir la historia de un partido:

«deber6 hacerse la historia de una determinada masa de hombres que han seguido a los promotores, les ha rodeado de su confianza, de su lealtad, de su disciplina, o les ha criticado “real6sticamente”, dispers6ndose o permaneciendo pasiva frente a determinadas iniciativas» (1).

El partido es el intelectual colectivo; en tanto que tal, ejerce las mismas funciones que todo intelectual org6nico; debe permitir a la clase de la que es el representante forjarse una conciencia de s6 homog6nea y aut6noma.

El partido comunista debe ser, en las actividades cotidianas, el representante y el gui6 de la clase obrera y, por mediaci6n de 6stas en el conjunto de las masas populares. Debe ser el instigador de la reforma moral e intelectual por la que las masas populares se aparten de la influencia ideol6gica de las clases dominantes para acceder a la forma de cultura superior representada por el marxismo. Debe ser el iniciador de la formaci6n de una voluntad colectiva que unifique las masas populares en sus luchas contra la burgues6a. Reforma cultural y moral y formaci6n de una voluntad colectiva se hallan estrechamente unidas: la una no puede realizarse sin la otra. El partido ejerce una funci6n hegem6nica sobre las masas populares en la medida en que les dirige (formaci6n de una voluntad colectiva), intelectual y moralmente (reforma moral e intelectual).

(1) Mach., p. 22; O. C., p. 210 (Id., p. 86).

¿De qué forma puede ejercitar el partido su función hegemónica? ¿Mediante qué proceso puede provocar el nacimiento y la consolidación de un «bloque nacional popular» que dirija a las masas contra la dominación política, económica, ideológica y moral de las clases dominantes? En este capítulo estudiaremos precisamente la dialéctica partido-masas por la cual éste eleva, educa, forma y disciplina la voluntad, la moral y la conciencia de ellas.

La unión de partido y masas.

Una masa humana, dice Gramsci,

«No se “distingue” y no se hace independiente “por sí misma” sin organizarse (en sentido lato), y no hay organización sin intelectuales, o sea, sin organizadores y dirigentes, o sea, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se precise concretamente en un estrato de personas “especializadas” en la elaboración conceptual y filosófica» (2).

Así para que la clase obrera tome conciencia de sí misma como clase para sí, para que tome conciencia de su papel revolucionario en el seno de la sociedad burguesa, es preciso que sea guiada por teóricos y organizadores, es decir por intelectuales. Es dentro de este contexto en donde destacan la significación y la importancia del intelectual colectivo, el partido; elaborando y difundiendo la concepción del mundo del proletariado, emprende la tarea de la reforma cultural de las masas para elevarlas hasta esta concepción. Del análisis de las relaciones de clases en el

(2) M. S., p. 12; O. C., p. 31. (*Antología*, p. 373).

seno de una estructura social y, más inmediatamente, del de la relación de fuerzas en una situación dada, puede deducir una línea política apta para centralizar, bajo la dirección de la clase obrera, los esfuerzos del conjunto de las masas populares hacia la conquista del poder. El partido une el pensamiento con la acción: elabora una filosofía mediante la cual educa a las masas, y dirige la lucha del conjunto de las masas subalternas para dar forma a la sociedad a imagen de esta filosofía. Estas tres actividades se hallan ligadas en la vida cotidiana del partido; una no precede a las demás; se condicionan recíprocamente en tanto que cada una de ellas exige necesariamente la presencia de las otras dos.

Pero el partido no es un órgano que, desde el exterior, eleve hasta su posición a las masas populares. El partido no es un demiurgo. Surge, crece y progresivamente comienza a desempeñar su papel; su desarrollo está estrechamente ligado a la toma de conciencia progresiva de las clases populares. Para que el partido pueda dirigir y educar a las masas, es preciso que aprenda a comprender y a explicar sus problemas. Es decir, que la reforma cultural y la formación de una voluntad colectiva están ligadas dialécticamente al desarrollo cuantitativo y cualitativo del partido:

«El proceso de desarrollo está ligado a una dialéctica intelectuales-masa; el estrato de los intelectuales se desarrolla cuantitativamente y cualitativamente, pero todo salto más allá está, a su vez, vinculado con un movimiento análogo de la masa de los sencillos, la cual se levanta hacia superiores niveles de cultura y amplía simultáneamente su ámbito de influencia con puntas indivi-

duales o incluso de grupos más o menos importantes que se aproximan al estrato de los intelectuales especializados»⁽³⁾.

En realidad, estamos en presencia de dos movimientos convergentes y simultáneos, dos movimientos unidos dialécticamente: uno mediante el cual el partido eleva la conciencia de las masas; el otro mediante el cual las masas enseñan al partido a tener en cuenta sus problemas, preocupaciones, actitudes, etc. Por consiguiente, la unidad del partido con las masas no está dada, está por llegar, es una tarea a cumplir. Se trata de crear un «bloque cultural y social» que una de manera orgánica al partido con quienes tiene que representar. Este proceso de unificación es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y de retiradas, de desbandadas y de reagrupamientos.

La historia de Italia había sensibilizado al autor sobre las dificultades que plantea este proceso de unificación. Para Gramsci, es imposible comprender la historia de su país sin estudiar la falta de lazos existentes entre los intelectuales y la masa. La historia de Italia es precisamente la historia de esta ausencia. La función de la Iglesia era muy importante en este aspecto: por una parte, por ejercer su función internacional, separa a los intelectuales de las masas volviéndolos «cosmopolitas»; de otra, manteniendo a las masas en un estado muy próximo a la ignorancia completa. Incluso el movimiento de unificación de Italia, el «Risorgimento», estuvo marcado por esta escisión entre intelectuales y masa: el Partido de Acción, partido progresista, no supo atraer a su causa a la clase campesina y sucumbió al golpe hegemónico del Partido Moderado, partido de las clases dominantes,

(3) M. S., p. 12; O. C., pp. 31-32. (Id., p. 374).

el que sí consiguió la unificación del país ahorrándose la participación popular.

Es preciso distinguir, dice Gramsci, dos clases de fenómenos:

«1) el real, efectivo, por el que se llevan a cabo en la masa popular movimientos de reforma intelectual y moral (...); 2) las diversas actitudes de los grupos intelectuales frente a una necesaria reforma intelectual y moral»⁽⁴⁾.

Estos dos órdenes de fenómenos son distintos; pueden incluso llegar a estar en oposición. Hemos visto que, para Gramsci, el Partido socialista italiano impedía el desarrollo de los movimientos espontáneos de reforma cultural surgidos en ciertos sectores populares que servían de correa de transmisión a la ideología de la burguesía «progresista». Se trata de juntar estos movimientos espontáneos de transformación a la dirección consciente de los intelectuales constituidos en partido. La tarea es la unión de las preocupaciones de los intelectuales con las de las masas. ¿Cómo provocar esta unión de partido-masa sin la cual no puede haber ni reforma cultural y moral, ni formación de una voluntad colectiva, ni, en fin, revolución?

El sentir, el comprender y el saber.

Gramsci caracteriza la distancia que puede separar al partido del pueblo por una relación que es también el desfase o la diferencia entre el sentir y el conocer:

«El elemento popular "siente", pero no siempre comprende y

(4) I., p. 45.

(sabe: el elemento intelectual "sabe", pero no siempre comprende ni, sobre todo, "siente"»⁽⁵⁾).

Ahora bien para que el partido sepa verdaderamente, es preciso que viva los sentimientos de las masas populares, que les explique enlazándolos con la coyuntura política e histórica, y que les una dialécticamente a la concepción del mundo de la clase obrera, el marxismo:

«El error del intelectual consiste en creer que se puede *saber* sin comprender y, sobre todo, sin sentir y sin ser apasionado (no solamente hacia el saber en sí, sino hacia el objeto del saber), es decir, en creer que el intelectual puede ser un verdadero intelectual (y no simplemente un pedante) si es algo distinto y separado del pueblo-nación, si no siente las elementales pasiones del pueblo, comprendiéndolas, explicándolas y justificándolas en una situación histórica determinada, uniéndolas dialécticamente con las leyes de la historia, con una concepción superior del mundo, elaborada siguiendo un método científico y coherente, el "saber"; no se puede lograr hacer política-historia sin esta pasión, es decir, sin esta conexión sentimental entre los intelectuales y el pueblo-nación»⁽⁶⁾.

Sin esta relación emotiva entre el partido y el elemento popular de la nación, el marxismo no puede expresar los deseos de las masas populares y, particularmente, de la parte más avanzada de éstas, la clase obrera. Sin este lazo afectivo, el marxismo se desentiende de los problemas de la práctica, cristalizando en dogmas y formas rituales.

Sin él, la relación se convierte en puramente exterior y coerciti-

va: el partido reina sobre las masas sin expresarlas verdaderamente:

«En ausencia de semejante lazo, las relaciones del intelectual con el pueblo-nación se reducen a contactos de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se transforman en una casta o un sacerdocio...»⁽⁷⁾.

Si la relación entre el partido y las masas se define por la adhesión orgánica por la que el sentimiento-pasión se transforma en comprensión, y más tarde en saber, estamos entonces, y sólo entonces, ante una relación de expresión-educación: el partido puede dirigir la reforma cultural y moral de las masas populares porque las expresa. De esta forma puede crearse un «bloque socio-cultural» que unifique el conjunto de las masas populares bajo la guía de la clase obrera y, más precisamente, bajo la dirección del partido revolucionario.

Gramsci aclaró el sentido que daba al concepto «sentir» estudiando el hecho histórico de la ausencia de una literatura nacional-popular en Italia entendiendo ésta como una literatura que sería producida por autores italianos y leída por el pueblo italiano.

Para que una literatura sea nacional-popular, es preciso que su contenido moral, cultural y afectivo se adhiera al que es vivido por las masas. Sin embargo, esta adherencia no debe concebirse de manera estática sino dinámica; el contenido de la obra no debe *reflejar* pasivamente la conciencia contradictoria y heterogénea del elemento popular de la nación; debe *adherirse* a éste: el autor debe elaborar una obra que exprese los problemas que las masas populares viven a un nivel más o menos profundo.

Para que un escritor pueda expresar, mediante sus obras, la con-

(5) M. S., p. 114; O. C., p. 120

(6) M. S., pp. 114-115; O. C., p. 120-121.

(7) M. S., p. 115; O. C., p. 121.

ciencia de las masas populares, es preciso que comprenda sus necesidades, sus exigencias, sus problemas, sus aspiraciones y sus sentimientos; es preciso que reviva interiormente su modo de ser, para poder expresarlo, a renglón seguido, en forma artística adecuada. No existe una literatura nacional-popular en Italia, «pues no hay identidad entre la concepción del mundo de los “escritores” y la del “pueblo”; o dicho con otras palabras, los sentimientos populares no son vividos por los escritores como propios, y éstos no tienen una función “educadora nacional”, es decir, que no se han planteado ni se plantean el problema de la elaboración de los sentimientos populares después de haberlos hecho suyos y de haberlos hecho revivir en sí mismos»⁽⁸⁾.

Y continúa Gramsci:

«Los intelectuales no surgen del pueblo, aunque, por accidente, algunos son de origen popular; no se sienten ligados al pueblo (salvo desde el punto de vista retórico), no conocen ni experimentan las necesidades, aspiraciones, sentimientos generales; con relación al pueblo son seres desarraigados, subidos a una nube, es decir, una casta y no un elemento orgánicamente ligado al pueblo mismo»⁽⁹⁾.

Gramsci se une así a una preocupación muy propia de Mao Tse-Tung, quien afirma que el escritor comunista debe trabajar y esforzarse por reemplazar sus sentimientos pequeño-burgueses por los de la masa:

«A muchos camaradas les gusta hablar de “estilo de masas”; pero ¿qué significa la expresión “estilo de masas”? Significa que el pensamiento y los sentimientos de nuestros escritores y artistas

debe fundirse con los de las amplias masas de obreros, campesinos y soldados»⁽¹⁰⁾.

Para llegar a esta «fusión», se sabe que Mao invita al artista a vivir con las masas, a educarse y a educarlas militando entre ellas, a transformar su modo de vida para que forme un conjunto armónico con el de los obreros y campesinos. El artista, para llegar a ser considerado «nacional-popular», debe transformarse de pequeño-burgués en militante revolucionario, a fin de que pueda vivir en el seno de las masas como «un pez en el agua». El contenido cultural de la obra destaca netamente en la actitud del escritor con relación al medio descrito. Así, si Dostoievski muestra que la prudencia instintiva e ingenua del pueblo puede empujar a crisis de conciencia en el hombre cultivado, Manzoni, por el contrario, describe cómo los espíritus «superiores» encuentran las justas palabras para aclarar a la masa «ignorante»:

«Existe en Dostoievski un fuerte sentimiento nacional-popular, es decir, la conciencia de una misión de los intelectuales frente al pueblo que, aunque está constituido “objetivamente” por los humildes, debe ser liberado de esta humildad, transformado, regenerado. En el intelectual italiano, la expresión de “humildes” indica una relación de protección paternalista por la que el escritor hace ostentación de su “indiscutible superioridad”...»⁽¹¹⁾. No se puede comprender el por qué la masa puede provocar crisis ideológicas en los intelectuales, y porque éstos deben impreg-

(10) MAO-TSÉ-TUNG, «Interventions aux causeries sur la littérature et l'art, à Yénan. Allocution d'ouverture, 2 Mai 1942». *Cahiers marxistes-leninistes* n.º 12-13 (juillet-octobre 1966), p. 92. (*Obras Escogidas*, tomo 3, Pekín, 1971, p. 72).

(11) L. V. N., p. 72.

(8) I., p. 103; O. C., p. 140.

(9) I., p. 106; O. C., p. 472.

narse de sentimientos populares, si no se ve la importancia gno-
seológica del sentir:

«las concepciones del mundo no pueden ser elaboradas por es-
píritus eminentes, sino que la "realidad" se expresa por los hu-
mildes, por los simples de espíritu» (12).

Por consiguiente, el saber del partido no puede ser más que la
elaboración y el desarrollo conceptuales del sentir de la clase que
representa: el intelectual marxista dice lo que la clase siente.

Es preciso cuidarse de no interpretar esta relación de manera
mecánica. El partido no es un espejo que refleje el sentir de la
clase obrera; sino, más bien, debe basarse en este sentir para
hacer derivar de él una concepción del mundo homogénea y co-
herente.

El sentir de la clase obrera es, naturalmente, una amalgama de
concepciones del mundo heterogéneas y heteróclitas. Gramsci
hace incapié a menudo en sus apuntes sobre lo que de contra-
dictorio tienen las ideologías vividas por la clase obrera. Hay
un sentir propio de la clase obrera, que se apoya en las expe-
riencias originales vividas por ella; este sentir original e inde-
pendiente, Gramsci lo denomina «el buen sentido»; sobre este
sentir debe fundarse el partido, descartando la influencia ideo-
lógica de las demás clases así como las ideologías particulares de
algún sector determinado de la clase obrera. Por consiguiente,
para que el partido elabore la concepción del mundo del prole-
tariado, debe fundarse no sobre el conjunto de imágenes, de
símbolos o de ideologías que esta clase padece, sino sobre el
sentir original que es precisamente «el buen sentido».

Se comprende entonces la función educadora de los intelectua-

les y del partido. Este último debe dirigir la reforma cultural y
moral de las masas populares y, más concretamente, de la clase
obrero. Esta clase ha de desembarazarse de todo lo que su con-
ciencia arrastra de heterogéneo y de extraño, para acceder a la
conciencia superior representada por el marxismo como «weltans-
chauung», es decir, como concepción integral del mundo. Esta
concepción es la que corresponde a la práctica política y eco-
nómica de la clase obrera como clase para sí; es la ética que de-
fine los modos de comportamiento del hombre nuevo de la so-
ciedad comunista, hombre nuevo del que deben ser represen-
tantes los militantes del partido; está formado por saber, com-
prensión y sentir, debiendo articularse a todos los niveles de la
realidad para reflexionar sobre el mundo y permitir su transfor-
mación. Por consiguiente, no se trata de una concepción de «re-
forma moral y cultural» en un sentido reformista, sino en sentido
revolucionario: se trata ni más ni menos de la producción de un
hombre nuevo.

Se estaría en un error en caso de interpretar la relación partido-
clase como una relación puramente «pedagógica». El proletariado
alcanzará una concepción del mundo homogénea e independien-
te en la lucha con la clase antagonista y en la actuación extensi-
va de su hegemonía sobre las clases llamadas a convertirse en
aliadas. Obrando políticamente es el modo mediante el cual la
clase obrera toma conciencia del lugar que ocupa en la sociedad
y el papel histórico que este lugar le tiene asignado; en la lu-
cha es donde aprende a conocer la sociedad; transformando el
mundo es cómo la clase obrera transforma su propia conciencia.
El partido es el guía de esta clase dentro de este proceso de trans-
formación.

(12) L. V. N., p. 76.

Espontaneidad y dirección.

La formación de una voluntad colectiva que unifique al conjunto de las masas populares contra la burguesía exige una justa relación entre los movimientos espontáneos de reivindicación popular y la acción directora del partido. Gramsci intenta definir esta relación con la crítica de las dos desviaciones —el «sorelismo» y el sectarismo— que arrastran a la polarización en dos extremos.

Uno de los términos de la relación es la «espontaneidad de las masas». ¿Qué significación da el autor a esta expresión?

«Espontáneas, en el sentido de que no se deben a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino que se han formado a través de una experiencia cotidiana clarificada por el "sentido común", es decir, por la concepción tradicional del mundo, lo que se denomina, de manera más prosaica, "instinto", y que no es en sí mismo más que una adquisición histórica primitiva y elemental» (13).

Los sentimientos espontáneos de las masas, por consiguiente, son los que no han sido sometidos a la acción educadora del partido. Son fruto de un conjunto de experiencias propias de las masas populares, pero experiencias cuya interpretación ha sido condicionada por la influencia ideológica de las capas intelectuales ligadas orgánicamente en mayor o menor medida a las clases dominantes. En el sentido exacto del término, no puede haber movimientos estrictamente espontáneos; esta pretendida espontaneidad nos reenvía indefectiblemente a una serie de motivos más o menos influenciados por las ideologías dominantes:

(13) P., p. 57; O. C., p. 338.

«Ante todo es preciso señalar que la "pura" espontaneidad no existe en la historia: coincidiría con la "pura" acción mecánica. En el movimiento "más espontáneo" los elementos de "dirección consciente" son solamente incontrolables, no dejando documentos autenticables» (14).

La espontaneidad es la característica de la historia de las clases que ocupan un lugar subalterno en la sociedad, ya que no disponen, a la manera de las clases dominantes, del conjunto de instrumentos políticos, económicos y culturales que les permitirían lo bastante fácilmente la definición de los objetivos a alcanzar y los medios de que disponen para realizarlos; caracteriza al conjunto de las clases que no han alcanzado la conciencia de «para sí».

El carácter espontáneo inherente a la conciencia de las masas populares implica, por consiguiente, una multiplicidad de elementos de dirección consciente. Pero estos elementos no se articulan entre ellos ni se encuentran unificados alrededor de unos principios coherentes que sean predominantes, pues, además de surgir del núcleo de «buen sentido» de las masas populares, remiten a un conjunto de ideologías extrañas a las profundas aspiraciones de las masas. Es esta espontaneidad popular la que Henri de Man describe oponiéndola empíricamente al marxismo (15). Este autor tiene el mérito de atraer la atención sobre los fenómenos de la psicología popular. Pero su equivocación consiste en haber caído en una concepción vulgarmente positivista y antihistórica. No ha intentado descubrir las razones históricas de esta conciencia «espontánea» de las masas populares y las ten-

(14) P., p. 55; O. C., p. 335.

(15) HENRI MAN, *La joie du travail*, Paris, Alcan, 1930.

dencias históricas que, apoyándose sobre lo que hay de válido en esta conciencia, conduciría a las masas a una concepción del mundo homogénea y coherente. La doctrina de la hegemonía del partido exige el reconocimiento de esta psicología popular, pero como *punto de partida* para la reforma cultural y moral, y para la formación de una voluntad colectiva idónea para desarrollar los elementos éticos conscientes y voluntarios que se hallan dentro del núcleo de «buen sentido» de esta psicología popular.

Este núcleo de «buen sentido», este mínimo de propia reflexión en las masas populares existe en todo movimiento espontáneo. Las clases subalternas no son puros receptáculos; no se hallan enteramente condicionadas por la ideología de las clases dominantes; piensan por ellas mismas, hasta un cierto nivel:

«Que existe en todo movimiento “espontáneo” un elemento primitivo de dirección consciente, de disciplina, se demuestra de manera indirecta con el hecho de que existen corrientes y grupos que sostienen la espontaneidad como método»⁽¹⁶⁾.

Sorel es, precisamente, el representante de estas corrientes.

Apoyándose en el mito de la huelga general, Sorel propone la revuelta de los productores dentro del mismo campo de la producción, revuelta que debería llegar a la simultánea destrucción del Estado y del sistema capitalista. Oponiéndose a todo programa político, concebía todo plan preestablecido como utópico y reaccionario, abandonando definitivamente la línea política para consagrarse a la impulsión de lo «irracional», de lo «arbitrario» (en el sentido bersogniano de *élan vital*), o de la «espontaneidad»⁽¹⁷⁾. Condenando al partido de tipo leninista, con-

(16) P., p. 56; O. C., pp. 336-337.

(17) Mach., p. 4; O. C., p. 184 (*La política...*, p. 66).

dena a la clase obrera a permanecer al mismo nivel de conciencia, es decir, en su fase primitiva y elemental. Pero el partido no es, como pretende Sorel, óbice a la toma de conciencia de sí del proletariado, sino, por el contrario, el elemento privilegiado para esta maduración.

Y suponiendo que el mito negativo de la huelga general pudiese conducir a la creación de una voluntad colectiva que permitiese a la clase obrera la destrucción de las relaciones de producción burguesas, ¿cómo podría impedir, en la fase positiva de la construcción, que esta voluntad se fraccionase y dispersase en un infinito de voluntades particulares? Por otra parte, toda negación implica, incluso bajo una forma velada, una afirmación. Políticamente, esta verdad de la dialéctica significa que todo acto político de destrucción contiene necesariamente, aun bajo una forma implícita, un programa a realizar. De esta forma Sorel, oponiéndose al programa político, al partido, al elemento directivo y disciplinado de la acción política, cae a su pesar en el más vulgar de los determinismos:

«En este caso se ve que detrás de la espontaneidad se supone un puro mecanicismo, detrás de la libertad (arbitrio-impulso vital) un máximo determinismo, detrás del idealismo un materialismo absoluto»⁽¹⁸⁾.

Si bien los discípulos de la espontaneidad y los del determinismo se critican mutuamente, lo hacen insistiendo sobre polos opuestos de una misma problemática: el «espontaneísmo» es mecanicismo y viceversa.

El sectarismo es el envés izquierdista de la desviación derechista del culto a la espontaneidad. Bordiga, que dirigió el P. C. I.

(18) Mach., p. 5; O. C., pp. 185-185 (Id. p. 67).

durante sus primeros años, es el representante italiano de esta «enfermedad infantil del comunismo». Para este dirigente, el partido se define por su pureza e intransigencia revolucionaria. De esta forma se oponía a la inscripción en el partido de todo elemento que no fuese revolucionario «al cien por cien». Combatíó todo compromiso táctico, toda consigna transitoria que hubiera podido ligar concretamente al partido a los movimientos de reivindicación popular, por el temor de hacer del P. C. otro partido social-demócrata. El principio según el cual «el partido dirige a la clase obrera» era interpretado de manera mecánica: Bordiga proclamaba que el partido era «el órgano del proletariado», no porque el partido dirigiese o intentase efectivamente dirigir, con medios adecuados, las amplias capas de las masas populares, sino porque el partido era «marxista-leninista», porque el partido luchaba de forma intransigente por los últimos objetivos de la revolución;

«toda participación de las masas en la actividad y en la vida interna del partido (...) se ha visto como un peligro para la unidad y para la centralización. No se ha concebido el partido como resultado de un proceso dialéctico en el cual convergen el movimiento espontáneo de las masas revolucionarias y la voluntad organizativa y directiva del centro, sino como un algo en el aire que se desarrolla por sí mismo y en sí mismo, y al cual llegarán las masas cuando la situación sea propicia y la cresta de la oleada revolucionaria alcance su altura, o bien cuando el centro del partido considere que debe abrirse una ofensiva y se incline hasta las masas para estimularlas y llevarlas a la acción»⁽¹⁹⁾.

(19) Carta de Gramsci fechada en 4 de febrero de 1924 y dirigida a Togliatti, Terracini, et. Publicada en *La formazione del gruppo dirigente del partito comunista italiano*. Roma, Riuniti, 1962, p. 195 (*Antología*, p. 144).

Para Gramsci, por el contrario, el partido es una *parte* de la clase obrera. Debe unirse estrechamente a la clase que representa para conducirla a través de todas las fases intermedias hasta la conquista del poder:

«El partido es una parte de la clase obrera. Es, por ello, sujeto de una serie de influencias ejercidas por las fuerzas y las corrientes que se determinan en el seno de la clase obrera. Además, el partido tiene una táctica que debe adaptarse continuamente a las situaciones reales y a su desarrollo. Negar la existencia y la necesidad de la influencia de este doble orden de factores sobre el partido equivale a negar la existencia misma del partido como organismo vivo. En el exterior de esta influencia, nuestros problemas pierden su valor, nuestras soluciones y nuestras consignas pierden su significación para convertirse en fórmulas vacías y áridas. La dialéctica marxista consiste precisamente en encontrar de manera continua los lazos entre nuestras consignas, las situaciones objetivas y los reagrupamientos de fuerzas que se producen en el seno de la masa trabajadora»⁽²⁰⁾.

Para ilustrar la línea política que favorece la formación de una voluntad colectiva uniendo espontaneidad y acción, Gramsci utiliza el movimiento de los Consejos de fábrica que dirigió el *Ordine Nuovo* en 1919-20. Para un cumplimiento eficaz de su función de dirección, la revista no repitió mecánicamente las fórmulas marxistas, sino que se fundó sobre los elementos conscientes del movimiento para educarlos y elevarlos hasta la teoría moderna, el marxismo:

«Esta dirección no era abstracta, no consistía en la repetición

(20) Carta de Gramsci en *La formazione del gruppo dirigente del partito comunista italiano*. Roma, Riuniti, 1962, p. 351.

necánica de fórmulas científicas o teóricas, ni confundía la política, la acción real, con la investigación particular del teórico; se aplicaba a hombres reales, que se habían formado en condiciones históricas determinadas, con unos sentimientos, manera de ver las cosas, fragmentos de concepción del mundo, etc., determinados, resultantes de combinaciones “espontáneas” de un cierto medio de producción material, con la “fortuita” aglomeración de elementos sociales dispares. Este elemento de “espontaneidad” no fue desatendido, y mucho menos despreciado: fue *educado*, orientado, purificado de todos los cuerpos extraños que podrían mancillarlo, a fin de volverlo homogéneo, pero de forma viva, históricamente eficaz, gracias a la teoría moderna» (21).

El sectarismo, que es una forma de voluntarismo, desprecia esta espontaneidad. En lugar de basarse sobre esta espontaneidad para educarla, la rechaza por purismo. Este voluntarismo es, a menudo, el compañero de un intelectualismo por el que se juzga a la clase obrera, no situándola en un contexto socio-económico y estudiando este contexto desde una perspectiva histórica, sino partiendo «de ideas claras y distintas», de valores a priori a los que se quería ver plegada la realidad:

«Una concepción histórico-política escolástica y académica es aquella según la cual no tiene realidad y dignidad más que el movimiento que es consciente al cien por cien, y que, incluso, está determinado por un minucioso plan trazado con antelación, lo que corresponde (lo que equivale a lo mismo) a la teoría abstracta. Pero la realidad es rica en combinaciones de lo más extraño, es el teórico quien debe encontrar la prueba de su teoría, en estas rarezas “traducir” al lenguaje teórico los elementos de la

vida de la historia, y no, en sentido contrario, que sea la realidad quien deba presentarse según el esquema abstracto» (22).

La unión de la espontaneidad popular y la disciplina de partido, es la única forma de provocar la formación de una voluntad colectiva:

«Unidad de la “espontaneidad” y de la “dirección consciente”, o incluso de la disciplina, he aquí lo que es precisamente la acción política real de las clases subalternas, en tanto que es una política de masa y no una simple aventura de grupos que se reclaman de las masas» (23).

Por esta relación dialéctica, el educador es también alumno del educado, y éste el maestro del educador. Por una parte, Gramsci anota que, de manera general, si un grupo de intelectuales asume una nueva posición política que encuentre sus fundamentos en la realidad, acaba siempre arrastrando con él a amplias capas de la masa; y que, por otra parte, si esta última se pone en movimiento por revueltas espontáneas, los intelectuales están llevados entonces a interrogarse sobre la validez de estos movimientos y a aproximarse a las preocupaciones populares.

Lukács, también, insiste sobre el *proceso* por el cual el partido se forma, bajo la *interacción* de la espontaneidad y la disciplina: «Rosa Luxemburg ha reconocido muy justamente que *la organización debe formarse como producto de la lucha*. Solamente ha sobreestimado el carácter orgánico de este proceso, e infravalorado la importancia del elemento organizador en él (...). Se trata de la interacción entre espontaneidad y reglamentación consciente» (24).

(22) P., pp. 58-59; O. C., pp. 339-340.

(23) P., p. 57; O. C., p. 338.

(24) GEORG LUKÁCS, *Histoire et conscience de classe*, p. 357. (*Historia y...*, p. 310).

21) P., p. 57; O. C. pp. 337-338.

Esta dialéctica espontaneidad-disciplina permite clarificar el funcionamiento interno del partido. Pues si éste se separa de la clase que debía representar, se separa de la substancia misma de su realidad, del mismo movimiento vital, no pudiendo hacer otra cosa que entumecerse automáticamente como burocracia:

«La "organicidad" sólo puede darse en el centralismo democrático, que es un "centralismo" en movimiento, por así decir, o sea, una continua adecuación de la organización al movimiento real, un contemperar los impulsos de la base con el mando de arriba, una inserción continua de elementos que provienen de las profundidades de la masa en el molde sólido del aparato de dirección que asegura la continuidad y la acumulación regular de las experiencias; este centralismo es "orgánico" porque tiene en cuenta el movimiento, es decir, el modo orgánico de revelación de la realidad histórica, y no se entumece mecánicamente en la burocracia y, al mismo tiempo, tiene en cuenta todo cuanto es relativamente estable y permanente o que, por lo menos, se mueve en una dirección fácil de prever, etc.» (25).

Unir el análisis de las coyunturas a las leyes de la historia, la táctica a la estrategia, la espontaneidad popular a la filosofía de la praxis: he aquí la tarea del partido que quiere centralizar sus energías democráticamente. Si el partido no está atento a las preocupaciones de la clase obrera, se separará paulatinamente de ella y se constituirá en casta dispuesta a luchar en su seno y fuera de él contra todo aquello que pudiese poner en tela de juicio sus privilegios. Será entonces cuando lo que importe en el partido sea el centralismo burocrático, y los dirigentes, según Gramsci, intenten ahogar el nacimiento de cualquier oposición, incluso de

(25) Mach., p. 76; O. C., p. 279 (*La política...*, pp. 145-146).

aquellas que presenten homogeneidad con los intereses fundamentales de la clase que el partido debía representar.

Una de las características de la revolución cultural china es la unión de la espontaneidad de las masas y la dirección superior en la lucha contra la burocratización. Todos sus comentarios han insistido sobre el carácter «espontáneo» de las manifestaciones escritas, orales, etc., de los guardias rojos. Se invita a éstos a criticar a todos los cuadros del partido que le hayan alejado del pensamiento de Mao. Pero, por otra parte, a medida que la revolución ha ido progresando, el ejército ha sido llamado a desempeñar un papel cada vez más importante, asumiendo funciones de encuadramiento y de dirección. El carácter nuevo de esta «Revolución» quita toda posibilidad de emitir juicios tajantes; pero si concedemos un valor a los textos de Mao por sí mismos, es preciso admitir que se trata de una colosal tentativa de lucha contra la burocratización del partido y de elevación de la conciencia de las masas incitándolas a ejercer sus funciones intelectuales por la crítica de aquellos que les dirigían anteriormente. Gramsci dice:

«La sola existencia de un esqueleto de organización es un elemento de inmensa utilidad, ya sea para aportar alguna solución a los problemas de los hombres, ya para controlar a los diversos grupos intelectuales e impedir que los intereses de casta los empujen imperceptiblemente a otros terrenos» (26).

Pero nunca precisa claramente cuál es la forma de control que tenía in mente. Sin embargo podemos deducir del conjunto de los fragmentos de los *Quaderni* una actitud bastante «liberal» de cara a los intelectuales. Según el autor, la Iglesia romana im-

(26) R., p. 82; O. C., p. 359.

pide una escisión demasiado radical entre los intelectuales y las masas, por una parte, reprimiendo a los primeros mediante el «Índice» y la excomunión, y, por otra, manteniendo a las segundas en una actitud intelectual pasiva y sumisa. Gramsci se opone a esta política para preconizar, como único medio verdadero de unión de los intelectuales con la masa, la elevación cultural de ésta; el partido debe

«trabajar constantemente para elevar intelectualmente estratos populares cada vez más amplios, o sea, para dar personalidad al amorfo elemento de masa, lo cual quiere decir trabajar para suscitar *élites* de intelectuales de un nuevo tipo, que surjan directamente de la masa y se mantengan en contacto con ella para convertirse en las “ballenas” de la faja» (27).

El partido debe trabajar sin cesar por la educación de la masa y por la ampliación de sus propios cuadros mediante la asimilación de los elementos más conscientes de esta masa: este movimiento ha de ser ininterrumpido si el partido quiere permanecer ligado a la clase obrera. Para que la clase obrera se eduque, es preciso que participe *activamente* en las actividades esenciales del partido. Entre el partido y la clase ha de instaurarse un consensus activo y directo. Toda forma de centralismo es burocrática si se funda sobre el supuesto de que la relación entre el partido y la clase debe descansar únicamente sobre el hecho de que éste trabaja por los intereses de aquella. El centralismo orgánico exige la participación activa y directa de las diferentes capas populares, aunque este hecho provoque dificultades y tensiones. Una voluntad colectiva tan sólo se forma después de que

(27) M. S., p. 17; O. C., p. 38 (*Antología*, p. 379).

la multiplicidad de los grupos se unifica a través de una larga y difícil participación en la elaboración de la obra común.

* * *

Para definir el concepto de hegemonía, Gramsci se inspira en Croce y en Lenin; del primero toma la significación cultural de dicho término, del segundo su significación política. El concepto de hegemonía es, de esta forma, mucho más amplio y comprensivo en Gramsci que en Lenin (28).

El concepto leniniano de hegemonía indica la función directriz del partido en su lucha por la conquista del poder o, también, el papel predominante del proletariado en su alianza con el campesinado. Además de significar *dirección política* (el tema de la formación de la voluntad colectiva), el concepto gramsciano significa *dirección cultural* (el tema de la reforma cultural y moral). Según nuestro autor, no puede existir reforma moral y cultural de las amplias masas populares si éstas se unen en una sola *voluntad* para luchar contra la clase dominante y, recíprocamente, el partido no puede dirigir a las masas populares si no emprende su reforma cultural y moral.

De esta forma, la hegemonía no es más que un *medio* necesario para la conquista y la conservación del poder; en tanto que reforma moral e intelectual, es un *fin*; la revolución cultural y moral es tan esencial como las revoluciones política y económica para que surja el hombre nuevo.

Gramsci se diferencia de Lenin también en otro aspecto. Por opo-

(28) NORBERTO BOBBIO, *Gramsci e la concezione della società civile*. En *Gramsci e la cultura contemporanea I*. Roma, Editore Riuniti, Instituto Gramsci, 1969, pp. 75-100. N. del T.)

sición a la concepción determinista de la II Internacional el dirigente de la revolución de Octubre puso el acento, en la relación partido-masas, sobre el papel determinante del primero. En el conjunto de su obra teórica, y en polémica con el «tradeunionismo», insistió sobre el papel de vanguardia y sobre la función directriz del partido⁽²⁹⁾. Gramsci, por el contrario, insistió tanto sobre el elemento *dirección*, tan querido para Lenin, como sobre el elemento *espontaneidad* popular, tanto sobre el *saber* de los dirigentes como sobre el *sentir* de las masas. Si Lenin afirma que el marxismo ha de ser importado del exterior al seno del proletariado, Gramsci dirá, durante toda su vida militante, que el marxismo, como concepción del mundo, se construye en la dialéctica entre los conocimientos de los intelectuales y el sentir de la clase obrera; en la relación dialéctica entre el partido y las masas, como Lukács, se sitúa, por consiguiente, entre el dirigismo político de Lenin y el espontaneismo revolucionario de Rosa Luxemburg.

Por consiguiente, Gramsci liga los dos polos de toda acción política de masa: el saber y el sentir, la dirección y la espontaneidad. Ello es así ya que su separación conduciría ya a un voluntarismo e intelectualismo sectarios, ya al anarquismo de tipo soviético.

(29) PAOLO SPRIANO, Introducción a la recopilación titulada *Scritti politici*. Roma, Riuniti, 1967, pp. XVI-XVII.

5. Organización de la hegemonía

En el capítulo precedente, hemos estudiado la dialéctica entre el partido y las masas populares. El partido se funda sobre el sentir popular para emprender la reforma cultural y se apoya sobre la espontaneidad de las masas para disciplinarlas y orientarlas hacia la formación de una nueva voluntad colectiva.

Pero el concepto de hegemonía no puede ser reducido únicamente a esta dialéctica. El partido es un organismo de clase, y si tiene que ejercer su hegemonía sobre las fuerzas populares, no lo puede hacer de manera genérica e indistinta: sólo por la mediación de la clase obrera es cómo el partido puede extender su influencia sobre el conjunto del «pueblo-nación».

El concepto gramsciano de hegemonía implica, por consiguiente, dos niveles complementarios: 1) El tipo de relación que pueda asegurar al partido la dirección «cultural-moral», y la dirección política de las masas; 2) la articulación de clase por la que el partido organice su hegemonía (predominancia del proletariado sobre el campesinado). Algunos comentaristas han despreciado este segundo nivel: han dado a la luz los diferentes gramscis «demócratas o populistas»; pero la gran mayoría de los intérpretes han subestimado la importancia del primer nivel: ofuscados por la relación Lenin-Gramsci no han visto en absoluto los rasgos originales y específicos del pensamiento gramsciano.

En este capítulo, estudiaremos el tipo organización por el cual el partido se une a las diferentes capas populares y por la que la clase obrera dirige a los campesinos.

La hegemonía del proletariado.

El partido comunista es el partido de una sola clase: el proletariado. Aunque está inclinado a obtener el apoyo del conjunto de